

BLOC DE NOTAS

Eterno Talese

Con 92 años, el reportero de Ocean City invoca la figura de Bartleby, el escribiente de **Melville**, para recomponer recuerdos de su carrera en una síntesis de su ideario

Luis M. ALONSO

Aunque desearíamos no verlo así ya que **Gay Talese** (Ocean City, 1932) demuestra que tiene aún muchas cosas que contar, son demasiados los que coinciden en que a los 92 años «Bartleby y yo» puede que sea su último libro. Él mismo lo ha insinuado. En cualquier caso, se trata de una nueva memoria compuesta por tres relatos que encierran el ideario de su oficio como periodista, consistente en conceder preponderancia a las historias de los seres ordinarios, cuyas existencias podrían perderse en la vida misma, frente a las celebridades sobre las que todo el mundo escribe.

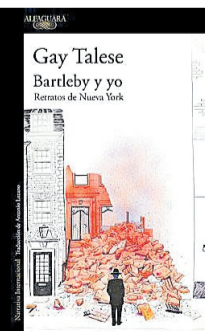
De otro modo, con **Frank Sinatra** ha disfrutado de una relación rica y simbiótica, que sobrevivió durante mucho tiempo al cantante y actor, fallecido hace un cuarto de siglo. En 1965, Talese lo siguió por Las Vegas y Hollywood en busca de un perfil para la revista «Esquire». En su apogeo tras un regreso triunfal, Sinatra, envuelto en sospechas sobre su pertenencia a la Mafia y mosqueado con las preguntas que al respecto se hacía **Walter Cronkite**, hizo caso omiso de las súplicas del reportero para una entrevista. No se fiaba de nadie. De todos modos Talese cazó la pieza, le echó el lazo de otra manera. El resultado fue «Frank Sinatra está resfriado», que se convirtió en uno de los mejores artículos publicados en una época en que empezaban a florecer las historias largas dignas de ser leídas y en un testimonio perdurable del talento y la fama del interprete italoamericano. El perfil que se resistía a escribir fue finalmente por el que su veterano autor consiguió mayor reconocimiento si es que ese ranking de aceptación se puede establecer con uno de los reporteros y escritores más respetados del periodismo de todos los tiempos. Aunque admiraba su ingenio artístico, el agudo y obser-

vador Talese dejaba claro, incluso sin necesidad de decirlo, que Sinatra trataba a los demás como un capo mafioso, generoso con la familia y su corte de parásitos, pero igualmente despiadado con quienes se cruzaban en su camino.

Para alumbrar esa pieza periodística excepcional, Talese tuvo que alcanzar antes un acuerdo con el editor de «Esquire»: si **Harold Hayes** le permitía escribir sobre **Alden Whitman**, viejo corrector ascendido a redactor jefe de Obituarios del «New York Times» y uno de esos personajes anónimos incomparables del periodismo, dejaría de lado su evidente desgana y aceptaría encargarse del perfil de Frank Sinatra. Whitman, con el que Talese había coincidido en su primera etapa de reportero en la «Dama Gris», encarnaba la figura de un moderno Bartleby tal como concibió **Herman Melville** al personaje de uno de sus cuentos más renombrados. Si no lo conocen, Bartleby es un obediente y taciturno escribiente de un bufete de abogados del siglo XIX que, de ser un donnadie, se convierte de pronto en el empleado capaz de perturbar al jefe repitiendo la frase de «preferiría no hacerlo» ante la orden de asumir una nueva tarea encomendada. Para Talese, el personaje de Melville representa a los oscuros administrativos, criadas, conserjes y a otros trabajadores ignorados, cuyas vidas si se examinan, suelen ser a menudo tan interesantes como las de cualquier celebridad.

De hecho, Whitman resultó ser un tema fascinante: tres veces casado, excomunista, dotado de una memoria fotográfica para los hechos históricos. Enfrentado a un glaucoma que aceleraba su posibilidad de morir ciego y rara vez gozando de buena salud, persuadió al «Times» para que le concediera la sección de obituarios. Talese recuerda sus conversaciones con él, la enorme difusión del artículo en «Esquire» y el libro épico sobre el oficio, «El reino del poder» (1969), al que finalmente dio lugar la pieza de Whitman, fruto de la investigación detrás de la escena del periódico neoyorquino y de sus líderes.

Con ese instinto que siempre le caracterizó para husmear y penetrar en las mejores historias no del todo desveladas de la gente ordinaria, Talese dedica la parte final de los recuerdos de su carrera a un médico sexagenario de Nueva York, descendiente de rumanos, llamado **Nicholas Bartha**, que en 2006, arruinado y maldiciendo el sistema, decidió hacer volar su amada casa de ladrillo rojo (brownstone) con él mismo dentro. Antes, durante el proceso de divorcio de un largo matrimonio, los tribunales le habían concedido a su mujer 4 millones de dólares por crueldad mental de un marido adicto al trabajo que no supo o quiso prestarle jamás atención. Talese siguió escarbando después la voladura en el destino del solar que había acogido la casa, verdadera protagonista del deseo del infeliz Bartha y que este decide destruir antes de tener que enfrentarse a perderla para poder compensar económicamente a su esposa.



Bartleby y yo Retratos de Nueva York

Gay Talese. Traducción de Antonio Lozano

Alfaguara, 2024, 336 páginas



TINTA FRESCA

Cómo fue el «big bang» del cine

Sergio Peral aborda en «Kubrick total» la revolución que causó «2001, una odisea del espacio»

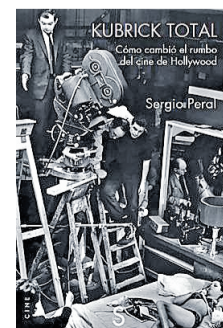
Tino Pertierra

Es indiscutible que **Stanley Kubrick** fue uno de los creadores más influyentes de la Historia del Cine. Todas sus películas dejaron huellas en muchos sentidos. De ahí que sea frecuente la publicación de libros que, más allá del anecdotario que proporciona su misteriosa figura, intenten analizar el laberinto de su corta pero trascendental carrera. Menos habitual es que sea un autor español quien se encuentre tras uno de los títulos más lúcidos, agudos y profundos que han visto la luz sobre el autor de «Lolita». Y es que **Sergio Peral** aborda en casi 800 páginas una aventura titánica de la que sale airoso: ofrecer una visión de «Kubrick total». Ni más ni menos. Con un subtítulo que explica bien la ambición del proyecto: «Cómo cambió el rumbo del cine de Hollywood». Con un origen claro: «2001, una odisea del espacio». Lo puso todo pantallas arriba.

Y es que Peral no se conforma con recorrer la variada filmografía del cineasta con perspicacia y rigor para tratar de entender lo mejor posible su compleja personalidad, sino que ofrece al mismo tiempo una radiografía sobre la industria estadounidense, de la que Kubrick formó parte por distintas vías y nunca de forma armoniosa. Dos caminos que se cruzaron de forma definitiva en un año clave: 1968. Fue entonces cuando llegó lo que **Steven Spielberg** llamó «el big-bang» de la ciencia ficción, género sin el cual no podría hablarse del cine moderno. Y ese estallido nuclear lo provocó «2001: una odisea del espacio». No solo fue una obra maestra del Séptimo Arte que llenó la pantalla de imágenes jamás vistas en su planteamiento y resolución, también fue la película que hizo de punto de giro y unión entre el final de la Era Dorada y el albor del cine contemporáneo de Hollywood, concentrado en las apuestas de efectos visuales espectaculares de la ciencia ficción y fantasía, con «Star Wars» (**George Lucas**, 1977), y su saga franquicia como su mayor ejemplo y modelo a imitar.

Que el filme sea considerado una obra revolucionaria y clave del cine americano del periodo de transformación, destaca el autor, «coincide con lo que narra y lo que se representa en la trama: la pieza acabó influyendo en la metamorfosis de la cinematografía estadounidense, como si el monolito que aparece en la misma se tratara».

Apunta Peral que si hubiera que elegir un paradigma de autor independiente—outsider—norteamericano que logra alcanzar el control total sobre su obra, consiguiendo éxito comercial, ese sería Kubrick, «fundamental en el cambio de mentalidad de Hollywood, pese a aislarse en su residencia de la campaña inglesa». Para el realizador, un filme «debía parecerse a la música más que el teatro. Algo, esto último, que solía revelarse en muchas películas de Hollywood clásico, y con lo que el director no estaba en absoluto de acuerdo. Para Kubrick las obras cinematográficas debían emocionar con las imágenes y movimiento y el montaje de las mismas». Y cómo lo echamos de menos.



Kubrick total

Sergio Peral

Sílex, 792 páginas
28 euros